

# ME FALTA UN TORNILLO

Jorge Torres



# Capítulo 1

## ME FALTA UN TORNILLO

Se perfectamente que el lo sabe, me intuye, me mira por su fina ranura de acero y se aferra. No comprendo como logra saber que será justamente él, al último que le dedicaré mi esfuerzo. Pero se que lo sabe, en su retorcida mente helicoidal me presiente, me adivina pretendiendo quitarlo en último termino. Quizás su resistencia se base en no querer ser el postrimero, quizás pretendía que me consagrara primero a él. Pero lo tangible es que se aferra clavando su espiral en el objeto, para doblegarme a desistir en mi intento de despojarlo.

Muchas veces me planteo preguntas en las cuales la única respuesta plausible esta dentro del conjunto de las respuestas prodigiosas y aún a sabiendas que las contestaciones estarán ligadas a un mundo paranormal que aún no alcanzamos a comprender, es que siento como una necesidad el hecho de formularlas.

Así fue como un día, atormentado por la duda que este acontecimiento muy cotidiano me producía, acudí al monasterio de oro de Namdroling, ubicado al sur de la India, donde me habían informado que encontraría el mayor asentamiento tibetano del mundo con la finalidad de hallar la respuesta más próxima a una realidad que no alcanzaba a comprender por mi mismo o que quizás mal interpretara.

Me habían aconsejado que me dirigiera al templo de oro y que allí preguntara por el líder espiritual que solía hallarse en el campamento uno, situado a dos kilómetros del apacible monasterio, donde un sosegado clima de espiritualidad prometía perpetuarse.

Me deje llevar por el efecto balsámico de dicho ambiente transportándome a un mundo de oraciones interrumpidas ocasionalmente por el sonido metálico de algún gran gong o bien por la estridencia lejana de las trompetas tibetanas, perdiendo por completo la noción del tiempo.

Cuando consigo recobrar mis sentidos, veo que sentado en posición de loto se encontraba observándome un pequeño niño de enormes ojos negros, ataviado con la típica vestimenta naranja que identificaba a los monjes del lugar.

Al verlo, rápidamente le pregunte si conocía al líder espiritual de esa comarca y si me podía llevar ante su presencia. No pude, en realidad con mi pregunta sacar a ese niño de su estadio contemplativo, ya que parecía no escucharme. Pasaron varios días y mi relación con el niño, no

mejoraba pues no recibía respuesta alguna a mi requisitoria.

Aún así era mi único interlocutor disponible, pues los demás miembros de la comunidad estaban abocados a sus tareas o sumidos en la oración.

En este estado estaban las cosas, había cruzado el mundo, para ver como un niño aparentemente sordo me observaba, sin pestañar siquiera, dentro de su túnica naranja. En verdad esperaba con temor desde antes de llegar a la India, que tuviera que regresar a mi país sin ninguna respuesta a mi dilema. No temía en si al cansador viaje, ni a tantas horas de vuelo, ni a los peligros que me podían deparar en una sociedad desconocida para mi, mi temor era precisamente que no me brindaran una respuesta y ese temor se estaba cumpliendo ampliamente ante mis narices.

Totalmente desilusionado, tome mi precario equipaje y me dispuse a abandonar el campamento, pues considere que ya habían pasado muchos días sin obtener respuesta alguna de mi pequeño monje.

Me disponía a encaminarme por donde había llegado, cuando a mis espaldas escucho la voz de un niño, que me decía:

¿Te iras sin la respuesta? ¿Le darás la victoria a tú miedo? ¿Acaso no has aprendido que los miedos se cumplen? – Me preguntaba el pequeño maestro.

Gracias maestro, nunca imaginé que con tres preguntas alguien podría brindarme una respuesta a mi dilema. Y me aleje del templo despojado de todos mis temores y dudas.

Desde ese día comprendí que la fuerza que obtiene el último tornillo a desatornillar proviene de mis temores más subconscientes. Yo soy el que le otorga esa fuerza casi inhumana para que el tornillo pueda asirse al objeto y no querer abandonarlo dócilmente, como generalmente lo hacen del primero al anteúltimo de ellos. Con el mismo temor que llegue a la India, solía llegar yo, al último tornillo y quizás con la misma desazón la abandonaría, a no ser por esa deidad que me cambio la vida con tres preguntas.

Hoy mi dilema esta resuelto ya que no les temo a los tornillos que la vida te pone en el camino, por más que se prometan postrimeros.